

La convivencia pos-binaria: Zonas del Tercer Espacio en *La avalancha: leyenda negra*

ARNE ROMANOWSKI
UNIVERSITY OF PITTSBURGH

Abstract

Este artículo analiza la forma en que *La avalancha: leyenda negra* (2006) de Manuel Matos Moquete contrasta espacios de convivencia personal, imágenes estereotipadas y visiones ideológicas sobre aquello que constituye la dominicanidad. Usando el concepto del Tercer Espacio elaborado por Edward Soja, el ensayo demuestra la manera en la cual la novela deconstruye un tradicional binarismo racial y social que propagan ciertas élites dominicanas por medio de la representación de tres elementos: la construcción de una torre en el centro del barrio, una procesión funeraria y la manera en que se constituye el personaje de Irena. La convivencia entre haitianos y dominicanos—tal y como está representada en el texto—debe entenderse como un proceso complejo donde la experiencia y el espacio vivido se traducen en una superación de modelos oposicionales que permite que conceptos como la identidad, la cohabitación y la transculturación adquieran un carácter fluido y de negociación. El ensayo concluye con el sorprendente silencio crítico alrededor de la novela y su posible conexión con el actual ambiente político-cultural donde la ideología dominante y las relaciones patriarcales aún pesan lo suficiente para hacer que una obra artística permanezca en la periferia.

Keywords

Third Space, identity, Dominican Republic, Haiti, ideology, Soja, binary

Luego el haitiano en la calle que viene
a ofrecerle una estatuica de madera,
que mejor comprársela que aguantar
esa mirada de niño que odia
y que le llena a uno como de miedos,
no porque un vecino me dijera
que los haitianos se comían a los niños,
pues eso lo superé después de que los vi
construir la mitad de la ciudad con sus brazos.
Este es otro miedo, un miedo como un ojo abierto
por un mandarriazo y todo en un segundo.
La estrategia de Chochueca. (Hernández 19)

La novela *La avalancha: leyenda negra* (2006) del conocido escritor dominicano Manuel Matos Moquete retrata la vida urbana en el actual barrio *Petit Haïti* de Santo Domingo. La trama dibuja la manera en que dos poblaciones—los dominicanos que se consideran propietarios originales del barrio y los haitianos migrantes que llegan para trabajar—comparten un espacio común. El tono irónico que domina la narración se nota desde el inicio del texto, donde se repiten excesivamente los estereotipos sobre la inclinación haitiana hacia la delincuencia y el crimen, y se cuenta la leyenda sobre el haitiano Honson Baliat, cuyo supuesto robo de un reloj inició el proceso de decadencia del barrio. A continuación, sin embargo, *La avalancha* describe la vida diaria en el *Petit Haïti* a través de las interacciones de muchos personajes distintos, dominicanos y haitianos. Se representa la pluralidad de las reacciones provocadas por la migración haitiana al espacio urbano dominicano: los miedos, los chismes, los clichés y el rechazo, y a la vez los momentos de simpatía y de confraternidad durante el proceso de vivir este fenómeno social y la compleja experiencia del compartir diario. Así ilustra cómo la convivencia y las experiencias compartidas entre estos personajes—por ejemplo la construcción de una torre, las conversaciones en las tiendas y una procesión funeraria—van transformando no sólo el barrio en sí, sino también la actitud y la manera en que se relacionan sus habitantes nuevos y viejos. Al final, la novela no cae en una idealización inalcanzable, ya que en su desenlace anuncia nuevos actos de una violencia anti-haitiana y cuestiona la posibilidad de una coexistencia completamente pacífica.

Por ende, la novela de Matos Moquete será el enfoque principal de este artículo, en el cual nos proponemos analizar este espacio de convivencia personal, imágenes estereotipadas y visiones ideológicas sobre aquello que constituye la dominicanidad. Usando el concepto del Tercer Espacio elaborado por Edward Soja, proponemos que *La avalancha* deconstruye el tradicional binarismo racial y social por medio de la representación de tres elementos: la construcción de una torre en el centro del barrio, una procesión funeraria, y la manera en que se constituye el personaje Irena. La experiencia y el espacio vividos se traducen en esta novela en una superación de modelos rígidos y oposicionales donde los conceptos como la identidad, la cohabitación y la transculturación adquieren un carácter fluido y de negociación.

Las noticias que llegan desde la República Dominicana en nuestros “tiempos de exaltación de ideales patrióticos y nacionalistas” (Carvajal n.p.) parecen confirmar un ambiente dominado por una ideología de oposición y rechazo. Por ejemplo, desde hace ya varios años se está llevando a cabo

un esfuerzo de marginar activamente a aquellos que no son concebidos como parte de la nación, empezando con la ley TC 168-13 y el subsiguiente proceso de la desnacionalización de cientos de miles de dominicanos de ascendencia haitiana. Y es cierto que, por lo menos durante el último siglo, la presencia haitiana en el espacio dominicano ha sido el blanco para un discurso ideológico conservador que permitía a las élites¹ “resolver sus conflictos, sus carencias, sus complejos y frustraciones” culpando al “Otro” (Pierre 81), y también asegurar sus objetivos políticos con el fin de mantener el *estatus quo* (Sagás 94).² El resultado de tal política es que “al identificar a la nación con lo hispánico, término que adquiere un contenido cultural y racial, por extensión, todo ‘lo negro’, identificado con Haití, se convierte en antinacional” (San Miguel 98).³

El sentimiento de diferencia y miedo hacia el Otro haitiano todavía se propaga como una parte intrínseca de la identidad nacional dominicana y aparece profundamente anclado en el imaginario popular.⁴ ¿Es esto cierto? Desde la perspectiva que acabamos de delinear, la sociedad dominicana se presenta de una manera muy simplificada; lo que se dibuja es un espacio nítidamente dividido en blanco y negro, en dominicano y haitiano, en una perfecta y rígida oposición binaria, tal y como fue proscrita por la ideología trujillista y balaguerista.⁵ Sin embargo, un tal *anti-haitianismo* ya no forma parte de la ideología *oficial* (Wooding y Mosley-Williams 94); y como argumentan varios intelectuales—entre ellos Samuel Martínez, Michiel Baud y April Mayes—la compleja relación entre los dos grupos⁶ no se puede asumir como histórica naturalmente antagonista, y el *anti-haitianismo* tampoco es suficiente como base para explicarla.

Lo que sí es cierto es que dicha relación entre los dominicanos y aquellos sujetos de ascendencia haitiana en la nación oriental de La Española forma una parte importante de la realidad contemporánea. A la luz de la actualidad y prevalencia del tema, es significativo que no haya sido abordado con profundidad en la producción literaria dominicana (Stanley, *La novela* 239).⁷ El campo literario—el cual facilita un acercamiento a temáticas difíciles debido a su naturaleza ficticia—generalmente sirve como un espacio privilegiado para ahondar en las maneras en qué funcionan la sociedad, la ideología, la convivencia y los conflictos entre diferentes grupos. Sin embargo, la producción de obras al respecto sigue siendo bastante limitada, se puede hasta hablar de una especie de literatura periférica.⁸

Por esta razón nos parece llamativo el hecho de que la obra *La avalancha* se inserte directamente en la problemática. La situación de la trama en el espacio urbano es particularmente relevante. Primero, porque el tema se ha trabajado con más frecuencia en el ámbito de la frontera y del campo. Segundo, la ciudad dominicana—sobre todo en las últimas tres décadas—se ha

convertido en uno de los destinos más frecuentes para los migrantes en búsqueda de trabajo en los sectores informales y de construcción fuera de la agricultura, con la consecuencia de aumentar la visibilidad de los trabajadores haitianos (Amnesty International 5). La obra de Matos Moquete produce una nueva noción para comprender el escenario urbano compartido entre dominicanos y migrantes haitianos. Según afirma Soja, históricamente se han privilegiado epistemologías de la historicidad y de la sociabilidad (“*sociality*”) para entender las realidades del mundo en que vivimos. Sin embargo, este mundo está constituido de forma fundamental por el espacio, el cual ha estado muchas veces ausente de la manera en la que nos hemos acercado a la formación del conocimiento (*Thirdspace* 82). Para abordar nuevas posibilidades de entender nuestra existencia y el mundo que la rodea, parece útil enfocarnos en este elemento, en especial porque la novela de Matos Moquete dialoga directamente con el concepto de la identidad que se une a la noción de un espacio social y vivido—como el de Soja que explicamos más abajo—y las realidades que se le asocian.⁹

El Tercer Espacio

Edward Soja en su obra *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and- Imagined Places* (1996) parte de la idea de *tercerizar* y *otrificar* (“*Thirling as Othering*”) retomando conceptos ya definidos por Henri Lefebvre en su libro *The Production of Space*, originalmente publicado en el año 1974. Este proceso refiere en primera instancia el espacio social y se define básicamente como un ataque a cualquier forma de reduccionismo en los saberes sobre el espacio. Soja va en contra del rígido binarismo objeto-sujeto que ha definido la imaginación espacial por siglos, mientras simultáneamente utiliza las epistemologías utilitaristas que han creado estos binarios para su propio beneficio (“*Thirdspace*” 52). Lefebvre deseaba ampliar los límites de la oposición cerrada entre dos términos a través de la introducción de un tercer término o una tercera posibilidad que incluyera parte de las dos categorías originales pero que las reconstruyera de una manera que produjera una nueva alternativa abierta que les fuera a la vez similar e intrínsecamente diferente. Los conceptos de la desordenación y de la desconstrucción son claves en esta operación, pues no se trata de una mera síntesis dialéctica como la que proponen Hegel o Marx (Soja, *Thirdspace* 60-61). Lefebvre crea una noción de espacio social constituido por tres partes; el espacio percibido (“*perceived*”), el espacio concebido (“*conceived*”) y el espacio vivido (“*lived*”), pero que no privilegia a ninguna de ellas de una manera *a priori*. Más bien, existe una preferencia tácita en el “espacio vivido” basada en una escogencia política en el cual se concibe como un lugar estratégico desde el cual se pueden entender y transformar todos los espacios de modo simultáneo.

La trialectica de los espacios y la predilección implícita por el tercero de ellos son puntos comunes entre las teorías de Lefebvre y Soja (Soja, *Thirdspace* 68). Este último acuña el Primer Espacio—partiendo de lo que para Lefebvre era el “espacio percibido”—como una materialidad o realidad física que subyace a configuraciones que se pueden medir de forma empírica (*Thirdspace* 74). A su vez el Segundo Espacio—enraizado en la noción de “espacio concebido”—se define como una geografía imaginada o una realidad material que se subsume, en esencia, a través del pensamiento (*Thirdspace* 79). Soja define su concepto del Tercer Espacio como “arising from the sympathetic deconstruction and heuristic reconstitution of the First-Second space duality . . . reinvigorating these approaches with new possibilities heretofore unthought of inside the traditional spatial disciplines” (*Thirdspace* 81). Soja prevé una deconstrucción de los binarios existentes para después reconstruir una nueva visión del espacio. La oposición centro/periferia es un buen ejemplo para este proceso, como demuestra el análisis de bell hooks que Soja discute en su obra. Mientras ella forma parte de los “marginados”, se apropia de esta marginación para actuar en un espacio radicalmente abierto—el Tercer Espacio—y para cruzar las fronteras de raza y género que el binarismo original le había impuesto (*Thirdspace* 86).

En este sentido, para nuestro análisis de la novela *La avalancha*, no analizaremos explícitamente qué constituiría el Primer o Segundo espacio, porque una tal aproximación avanzaría exactamente en el sentido contrario a lo que, según Soja, constituye el Tercer Espacio, pues, “Everything comes together in Thirdspace, anything which fragments Thirdspace into separate specialized knowledges or exclusive domains destroys its meaning and openness” (*Thirdspace* 57). Más bien, en vez de una categorización rígida y cerrada, nos interesa analizar cómo, en el texto de Matos Moquete, la concepción del espacio avanza hacia un nuevo modo que se acerca más a la realidad vivida producida por la interacción de los muchos factores que influyen y forman el espacio social en sí, y, en particular, en el espacio compartido entre dominicanos y migrantes haitianos en el barrio *Petit Haïti* de Santo Domingo. Nos concentraremos en tres elementos que son claves para la construcción del Tercer Espacio en el texto.

El primero será la torre residencial que se está construyendo en el centro del barrio con el trabajo de obreros migrantes ilegales. En esta parte discutiremos cómo se deconstruye la imagen de un espacio inicialmente definido como uno que racializa y margina a los haitianos y que los segrega de los dominicanos, para transformarse en el concepto de un espacio compartido entre los dos grupos. El segundo será la procesión funeraria del personaje Yan Lily, donde se ejerce una fusión a través de un acto religioso entre aquellos grupos que ocupan (en el sentido físico y mental) el espacio

del barrio, el cual se transforma en un lugar recompuesto, más allá de la dialéctica inicial. El tercer elemento lo constituirán los hechos que rodean a la protagonista haitiana Irena, y la manera en que este personaje encarna la *consciencia* del concepto del tercer espacio: indagaremos cómo ella se apodera de su otredad y logra un acercamiento entre los grupos a través de operar desde su posición marginal, utilizándola para acceder e impactar el centro del poder. Es importante recordar que los tres elementos que estudiaremos no son separables sino que juntos forman parte del proceso de la creación del Tercer Espacio. Finalmente, concluiremos con algunos comentarios sobre el silencio crítico alrededor de la novela, y discutiremos la posible conexión de este hecho con el actual ambiente político-cultural donde la ideología dominante y las relaciones patriarcales aún pesan lo suficiente para hacer que una obra artística se quede en la periferia, como sugiere el intelectual y escritor dominicano Fernando Valerio-Holguín (9).

La torre

Una torre residencial que se está elevando en el centro del barrio es el eje alrededor del cual se desarrolla la trama de *La avalancha*. Este elemento provee un buen ejemplo de la forma en la cual la novela desestabiliza y cuestiona los esencialismos que forman la base del binarismo homogenizado del dominicano/haitiano, los cuales están implantados de una manera profunda en las políticas de identidad propagadas por las elites dominicanas que utilizaban una ideología de diferencia para fomentar sus propios objetivos políticos y económicos. Esta construcción también sirve para distraer la atención de los problemas internos del país, utilizando al Otro como una suerte de “chivo expiatorio” (Pierre 81, Sagás 91).¹⁰ Como argumenta Soja, “Hegemonic power . . . actively *produces and reproduces difference* as a key strategy to create and maintain modes of social and spatial division that are advantageous to its continued empowerment and authority. ‘We’ and ‘they’ are dichotomously spatialized in an imposed territoriality of apartheid, ghettos, barrios” (*Thirdspace* 87, énfasis en el original). La torre en el texto, a primera vista, sirve como un *ghetto* para los haitianos, representados como trabajadores ilegales que llevan a cabo una construcción. En este lugar moran en condiciones precarias. “Los haitianos trabajaban y vivían en la torre. El Ingeniero les había improvisado un dormitorio hecho de blocs y zinc superpuestos. . . . La cocina y la letrina estaban separados por una hilera de ladrillos intercalados” (Matos Moquete 36). Su confinamiento tiene resonancias carcelarias. “Todos estaban circunscritos a ese ámbito con salidas controladas los sábados después del mediodía y los domingos” (37).

La torre representa, en una primera aproximación, un espacio de confinamiento del cuerpo.

Como David Goldberg argumenta, “citizens and strangers are controlled through the spatial confines of divided place” (70). En su análisis sobre la marginación espacial-racial en la ciudad (pos)moderna, Goldberg discute la manera en que la torre residencial en el centro de la ciudad se convirtió un símbolo del espacio urbano racializado: “The ‘tower of Babel’ was quickly superseded by the ‘tower of the housing project high rise’ as the appropriate *image* of the racialized urban space. Local differences notwithstanding, the racial poor were simultaneously peripheral in terms of urban location and marginalized in terms of power” (71, énfasis en el original). Aunque el trabajo de Goldberg trata en principio de las ciudades occidentales, su afirmación sobre la marginación espacial no necesariamente limitada a la periferia geográfica de la urbe tiene una cierta resonancia con el caso del *Petit Haïti* descrito en la novela de Matos Moquete. Según Goldberg entonces, la representación de los obreros haitianos como habitantes y trabajadores recludos a la torre residencial refleja su racialización y su subsecuente segregación de la población dominicana.

La descripción de cómo los trabajadores ilegales llegan a ocupar este espacio confinado también refuerza su representación como seres explotados y marginados. “Se traían haitianos de todos los tamaños, edades y condiciones. Se mostraban fotos y recortes de periódicos de los haitianos requeridos, deseados” (Matos Moquete 97). Se hace referencia a los trabajadores como artículos para vender y comprar, lo cual constituye una forma de una semi-esclavitud moderna, ya que nos recuerda directamente del mercado de los esclavos del pasado. “Era urgente conseguir más obreros. No era fácil. Sus competidores en el negocio también esperaban La Camiona, especie de máquina fabricada con piezas de vehículos de desecho para el transporte de la *mercancía humana* de Haïti” (98, énfasis mío). Estas alusiones reafirman el lugar social de los haitianos al margen de la sociedad y parecen coincidir exactamente con la jerarquía de diferencia proscrita por las élites. Mientras los dominicanos aparecen como los dueños y habitantes reales de su espacio, en este caso, del barrio, los migrantes de la parte occidental de la isla son descritos como seres ilegales, sin pertenencia o agencia alguna dentro de la sociedad local. Las últimas dos citas también califican a ciertos dominicanos como “dueños” de los haitianos (como es el caso del Ingeniero encargado del proyecto de la torre), hecho que otra vez parece reforzar el binarismo sujeto-objeto, las simplificadas o homogenizadas categorías del poder y, con esto último, la diferencia entre los dos grupos.

No obstante, el texto no se detiene en estas clasificaciones simplistas sino que las complica casi inmediatamente. La calificación del dominicano como aquel que tiene el control exclusivo sobre los obreros colapsa, ya que “En Haïti había haitianos, dominicanos y extranjeros de otros países que hacían el negocio. Se encargaban de la búsqueda de la mercancía, hacían los contactos con otros

intermediarios, liquidaban los pagos y gestionaban el transporte” (Matos Moquete 98). Hay dos factores interesantes que podemos deducir de esta cita. Primero, el haitiano ya no está representado como mero material para convertirse en trabajador sino que también está involucrado en el proceso de reclutamiento. La suya es ahora una posición de poder. Segundo, el haitiano, junto al dominicano, está actuando desde los márgenes de la sociedad dominante ejerciendo esta posición del poder— tanto en términos espaciales y socio-económicos, ya que Haití es el espacio Otro, situado en la periferia absoluta en los que se refiere a la República Dominicana.

Llama la atención que —y con esto volvemos a la metáfora de la torre como *ghetto* de los haitianos— hacia la mitad de la novela ocurra una inversión de la dinámica de este espacio. El Ingeniero afirma que “Pensándolo bien, la torre puede ser la solución. Nos metemos todos en ella y les dejamos el barrio a los haitianos. Allá arriba estaremos protegidos del vaho, de la mugre y de las fechorías que invaden las calles” (Matos Moquete 72). Aunque la torre mantendrá así su papel de segregación entre las dos poblaciones, se complicaría la noción de una marginación del Otro haitiano, en especial porque en la situación imaginada por el narrador estos ocupan el espacio céntrico antes reservado para los habitantes dominicanos. Con esta inversión el texto problematiza el binarismo de centro/periferia a través de un juego donde el grupo espacialmente marginado es intercambiable con el grupo dominante.

Más tarde en la novela se problematiza la torre como un espacio segregado y se construye una imagen más complicada basada en la convivencia entre haitianos y dominicanos:

Obreros dominicanos se fueron a los puños con obreros haitianos. Se acusaron mutuamente de haraganes, de no trabajar y dejarles el trabajo a los otros. Los haitianos se defendían diciendo que los dominicanos sólo querían estar mandando mientras ellos hacían el trabajo, el peor trabajo. Los dominicanos respondían que cada quien hacía su trabajo y que el suyo era medir, colocar la cinta, chequear el trabajo de los haitianos. (99)

Aunque el pasaje refleja que se mantienen ciertos elementos de la jerarquía de poder entre los dos grupos, esta sucede no en el estricto sentido de una oposición binaria. Los migrantes ocupan la posición de trabajadores y los dominicanos la de los supervisores. Pero estos últimos no están en una posición hegemónica absoluta, como tampoco los haitianos están en un lugar de incondicional dependencia o sumisión. La manera en que los dos grupos interactúan sugiere que están en un proceso de negociación, actividad que generalmente no tiene lugar sin que las dos partes tengan agencia o por lo menos una autoconsciencia de su propio poder. Así entonces se abre el concepto de

una oposición espacial completa para dar paso a un espacio compartido e interactivo.

En este punto del análisis nos parece útil volver a una idea ya mencionada por Goldberg, y explorarla más en detalle. En el episodio de la torre de Babel, la historia bíblica narra la construcción comunitaria que tenía como fin asegurar un camino físico al cielo para los hombres, pero que fue detenida por Dios mismo cuando condenó a los seres humanos de pasar de compartir el mismo idioma a una multiplicidad de lenguas (Gen 11, 1-9). La torre residencial en el texto de Matos Moquete también resulta ser producto del esfuerzo de un trabajo comunitario— aunque no hubiera previsto resultar como tal—pero se desarrolla en el sentido opuesto al de Babel. En vez de la destrucción y la confusión de lenguas a la que le sigue una subsecuente separación espacial, aquí de cierta manera se parte de una situación de disociación y al final las dos culturas se involucran, se comunican y se influyen mutuamente en un espacio compartido. Aunque no se puede decir que se remedie la situación multilingüística, la escena argumenta a favor del establecimiento de una *comunicación* cultural. “La obra se llamará Torre Petit Haití. Será la torre de la hermandad entre los dos pueblos . . . La torre será un centro cultural, comercial y de convenciones, donde se exhibirá lo mejor de los dos pueblos; lugar de encuentro y trabajo, donde se resuelvan los conflictos y se alejen los odios” (119).

Esta explicación sugiere un proyecto común de convivencia pacífica entre los haitianos y dominicanos. El espacio de la torre se define en términos muy diferentes a los enunciados al principio de la novela y que contaban con una ideología basada en una oposición definitiva e insuperable. El espacio leído de la historia de Babel, en el sentido inverso, nos provee una dimensión adicional del Tercer Espacio evolucionando dentro de *La avalancha*. El símbolo de la torre en el mito bíblico, como también en la novela, propone que—como lo dijo Derrida en “La metáfora arquitectónica”—“No se trata de renunciar a un punto de vista a favor de otro, que sería el único y absoluto, sino de considerar la multiplicidad de posibles puntos de vista” (135).

Hasta ahora hemos descrito la forma en la cual, en el texto de Matos Moquete, la imagen de la torre ocupa múltiples funciones. Como espacio, alienta en primera instancia una construcción binaria de identidad para después deconstruirla y en su lugar crear una noción de un nuevo espacio que puede ser compartido por los dos grupos y que precisamente desestabiliza las nociones rígidas y hegemónicas que han informado el discurso político de las élites y con él las epistemologías del Primer y Segundo Espacio—aunque no calificadas así por razones ya explicadas más arriba. Nos interesa, en todo caso, poner en evidencia la capacidad transformante de una nueva visión de espacio, no las espacialidades hasta ahora dominantes, y la posibilidad de una nueva lectura del

espacio social que desestabiliza un discurso basado en diferencias inherentes que solo permiten entender la relación entre dominicanos y migrantes haitianos como una de oposición.

La procesión funeraria

En esta sección nos gustaría discutir un espacio físico donde—a través de un contexto religioso—se reconstruyen las relaciones entre dominicanos y haitianos hasta casi fundirse en una realidad compartida. El espacio del barrio se convierte en un verdadero espacio común durante una procesión funeraria para un haitiano asesinado por un dominicano. Pero en vez de un asunto divisivo, en la procesión llena de rituales religiosos haitianos participan ambos haitianos y dominicanos con el mismo fervor.

La escena se inicia por un acto violento, cuyo motivo no queda muy claro, aunque una de las muchas interpretaciones del evento es que fue un acto anti-haitiano. A pesar de que el texto contiene varias referencias a la supuesta violencia que sufren los migrantes haitianos a causa de la discriminación a manos de los dominicanos, el único caso explícito que se expone en la novela es el asesinato de un vendedor ambulante por un colmadero. Éste último reclama que el muerto había hecho un trato con un hugán, quien es un sacerdote vudú, el “maestro de la divinidad” (ver Métraux 27). Se dice que este llegó disfrazado de diablo para hacerle daño al colmadero y quitarle su tienda. Sintiendo amenazado, le dispara con el fin de protegerse (Matos Moquete 80). Sin embargo, el texto enseguida cuestiona la veracidad del motivo del asesinato basado en un miedo al Otro y en la superstición dominicana—la práctica del vudú es uno de los estigmas inherentes asociados con los haitianos. Ya en la página siguiente se presenta una versión alternativa: “[Yan Lily] era un pobre hombre. El homicida le cogió un café y no lo quiso pagar. . . . El infeliz va ahora camino a la tumba” (81). Esta segunda explicación apunta hacia la avaricia como falta de carácter en el colmadero, pero desestabiliza la idea de una xenofobia o crueldad hacia los haitianos en general, pues pone entre paréntesis que la nacionalidad del vendedor de café haya tenido algo que ver con el acto violento en contra de él. La novela no dictamina juicio ninguno. En su lugar, desconstruye la noción de que tanto las relaciones entre dominicanos y migrantes haitianos, así como el espacio social compartido, estén constituidos por una oposición rígida, clara y simplista. Logra esta desconstrucción a través de la representación de múltiples perspectivas.

Kim Knott afirma en *The Location of Religion: A Spatial Analysis* (2005) que “Social relations exist in and through space, and the spatial is socially constituted. Religion, then, which is inherently social, must also exist and express itself in and through space, and must play its part in the

constitution of space” (21). Esta aserción nos interesa, sobre todo porque la trama de *La avalancha* sigue con la procesión funeraria para el difunto Yan Lily, un evento en extremo religioso que recorre todo el barrio: “El recorrido no parecía tener una dirección y un destino previstos. El muerto era un vendedor ambulante y se proponían pasear el cadáver por cada punto del Petit Haití donde él estacionaba el carrito repleto de termos de café y fundas de pan” (82). En términos espaciales, este acontecimiento tiene una relevancia importante, pues la procesión, mayormente compuesta por haitianos, literalmente se apropia del espacio ciudadano, llevando su religión al centro urbano. La identidad dominicana propagada por las elites está anclada en una religiosidad católica, en oposición al vudú haitiano. Sin embargo, todos los presentes, incluso algunos de los personajes que al principio de la novela expresaron su vehemente oposición y diferencia con los migrantes del occidente de la isla, ahora participan en la fiesta:

Involuntariamente, de alguna manera, todos los espectadores movían el cuerpo, a la vez que tenían el rostro contraído por la gravedad del momento. El capitán movía un pie. El barbero tongoneaba francamente. El joyero, con discreción seguía el ritmo con los labios. Carina no opuso resistencia al contagio del ritmo, moviendo ligeramente la mano. El veterano se unió abiertamente al cortejo. (81)

La identidad de quién posee el espacio cambia de una manera drástica. El barrio, primero imaginado como el espacio exclusivo de los dominicanos, ahora está “tomado” por los migrantes antes reclusos al *ghetto* de la torre en construcción, los cuales lo llenan no sólo con su presencia, sino también con una práctica esencialmente social y espacial representada en su religión. Sin embargo, esto no presenta una mera inversión de la realidad anterior, porque también los anteriores “dueños” toman parte en esta actividad y el espacio se convierte en evento compartido. Por medio de la procesión se borran las fronteras entre los márgenes y el centro y se desordenan jerarquías, ya que en la procesión funeraria todos ocupan funciones parecidas, tanto la de doliente, espectador y participante. Se crea así una nueva posibilidad de entender el espacio más allá de una mera dualidad entre la materialidad en sí y la materialidad comprendida a través del pensamiento.

Irena

En la siguiente sección nos concentraremos en el personaje de Irena. La joven haitiana—amante del ingeniero encargado de la construcción de la torre—ocupa un lugar especial en la representación del Tercer Espacio en la novela. Ella llega a funcionar como una especie de biografía que ejemplifica la consciencia de esta nueva visión, en cierto sentido aprovechándose de la

marginación a la cual está relegada por las normas ideológicas-sociales, utilizándola para construir y operar en un espacio reconstruido y abierto. Es un punto clave en la teoría de Soja el apoderarse de una posición partiendo desde las márgenes, como lo hace bell hooks. De una manera parecida, Irena en *La avalancha* escoge un espacio que es simultáneamente central y marginal. Ella es haitiana, pero en vez de percibir su nacionalidad como algo que la hace inferior, la asume como un objeto de valor que la lleva a actuar no a pesar de su diferencia, sino precisamente a través de ella.

Irena se aprovecha de la exotización racial de su persona para convertirse en pareja romántica del Ingeniero, un dominicano en posición privilegiada:¹¹ “Irena exhibía con vanidosa soberbia su despampanante cuerpo de negra, de negra y joven, de negra sensual y gozosa . . . Ébano era la palabra. No por el espigado porte y la maciza delgadez de su cuerpo. Ese ser extraño de piel oscura reluciente proporcionaba a su contemplación el deleite que sólo las obras de arte podían provocar” (Matos Moquete 26-27). Las características que según la ideología elitista dominicana se asociaban de una manera negativa con lo haitiano—la piel oscura, la ascendencia africana y el cliché de una naturaleza exageradamente sexual—le permiten a Irena entrar en el espacio privilegiado de lo dominicano y cambiar desde ahí la percepción que éstos tienen del país en el occidente de la isla y, subsecuentemente, de su población. El aprovechar de su alteridad como fortalecimiento de su persona es un acto de resistencia contra el anti-haitianismo-racismo, y también niega el tradicional poder masculino-patriarca encarnado por el Ingeniero.¹² Y no es un actuar al azar, sino que es una agencia conscientemente tomada por la protagonista, como demuestra el siguiente pasaje sobre su relación de pareja. “Ella era el trofeo del Ingeniero, la que dominaba su vida, su trabajo y sus preferencias, desde aquel derroche de sexo en la oficina . . . Se vengaba de la gente, que la miraba con envidia. Se vengaba de quienes querían verla como sus demás compatriotas, hundida en el fango de la discriminación” (29).

Igualmente, Irena está consciente de la posición marginal que ocupan los haitianos en el barrio, del rencor que experimentaban a diario. “Ella sentía que todo eso [la discriminación y los ataques] se debía a un odio racial y una xenofobia injustificados. Eran víctimas de una mirada racista por gente que rechazaba la presencia de los haitianos sin ver los beneficios” (96). Irena no acepta esta visión sobre sí misma y se apropia del barrio de una manera que algunos de los demás personajes—como la hermana del Ingeniero, Carina, quien representa la ideología conservadora dominicana basada en un anti-haitianismo (DiPietro)—perciben como descarada. Ella sale a caminar, cogida de la mano de su amante. Frecuenta con él todos los lugares del barrio, incluyendo las tiendas de los dominicanos, el mercado, la Esquina de M’a Guiselle donde se reúnen los haitianos

para tomar la tizana, y también la torre residencial que se está levantando. Aunque utiliza su diferencia racial como punto de partida para ganar acceso al espacio dominante, a la vez encarna lo que se podría llamar un antídoto a los estereotipos de los haitianos como seres rudos, primitivos y sin educación. Habla cuatro idiomas, estudia arquitectura y utiliza su conocimiento para enseñar a los dominicanos que contrario a la imagen que tienen del Haití, este país sí ha producido artistas y escritores de prestigio internacional (ver Matos Moquete 92-93).

Sobre todo en el sitio de la construcción, Irena sirve de intérprete entre los supervisores dominicanos y los trabajadores haitianos, creando un primer puente entre los dos grupos. De esta manera, interrumpe la exclusión que experimentan los haitianos basada en la incapacidad de acceder al espacio lingüístico local. Derrida define tal exclusión en el contexto del sujeto colonial como la interdicción fundamental o absoluta (32), y en la figura de Irena, en el acto de interpretar—al encarnar la comunicación entre los dos grupos, al pertenecer a los excluidos y al haber penetrado los que excluyen—debilita el binarismo lingüístico *kreyol*/español dominicano separando a los dos grupos. Este personaje—desde su posición marginal y central a la vez—assume un cierto poder en vez de un lugar sumiso y periférico, construyendo una nueva visión y nuevas posibilidades a través de una reconstitución de algunos elementos del orden binario anterior. Ella funciona como una especie de catalizador, como sujeto clave al transformar el espacio, el cual, en este sentido, es una metáfora para la cultura del lugar. Es, decir, que la biografía de Irena, su rechazo consciente de las normas y jerarquías étnico-raciales y sus interacciones con los demás personajes son esenciales en el proceso de la transformación de cómo se percibe el espacio en el texto.

La presencia de Irena también cambia la posición del Ingeniero. Éste “se había entusiasmado con la posibilidad de ver en los haitianos algo más que la masa de obreros incultos, vulgares y violentos que él trataba en la construcción de la torre. Irena era esa esperanza, la prueba de que no todos eran iguales” (Matos Moquete 89). El gerente que anteriormente explotaba a los Otros sin remordimiento, encerrándolos en una especie de *ghetto*, ahora modifica su visión viendo en ellos rasgos humanos—aunque esto no signifique que los deje de explotar. Hasta toma lecciones de *kreyol* con el fin de poder comunicarse con ella y con los haitianos en su idioma nativo. Este hecho habla de un cierto acercamiento entre los dos grupos que antes, según la ideología dominante, eran completamente diferentes e incompatibles. El espacio marginal y el céntrico entonces se diluyen poco a poco, sin cambiar por completo pero sí entrando en una nueva manera de interacción y negociación. No solo el Ingeniero queda afectado por el cambio, sino también sus colegas. La relación de la pareja genera habladurías, rechazo y envidia, sobre todo de parte de las mujeres que

temen el poder sexual de la haitiana. “La aparición de ella en ese medio daba lugar a que al Ingeniero lo marginaran y etiquetaran de peor manera” (89). El texto hace explícito la hipocresía inherente de la propagada actitud anti-haitiana en este círculo de constructores, ingenieros y contratistas dominicanos, que por un lado “diariamente se relacionaban con haitianos en las construcciones, los empleaban, viajaban a Haití, tenían vínculos con otros constructores y traficantes de obreros” (91) y por otro lado “en los encuentros sociales fuer[o]n los más nacionalistas y los más anti-haitianos” (91).

El espacio social representado en el texto está separado solo en apariencia, mientras en realidad da lugar a interacciones y negociaciones que, aunque en muchos casos sujetos a una jerarquía socio-económica, desestabilizan el paradigma de un haitiano Otro intocable, confinado a los márgenes. La hipocresía se vuelve aún más explícita cuando el Ingeniero se inventa una identidad para Irena, según la cual ella es hija de un arquitecto haitiano riquísimo que invertirá mucho dinero en proyectos binacionales en la frontera entre las dos naciones de la Española. “una carretera internacional, un puente sobre el río Masacre, un complejo de zonas francas, un mercado binacional, hospitales” (91). Ante estas palabras, la actitud de los interlocutores cambia. “A la espera de esas realizaciones prometedoras, el círculo de amigos y relacionados del Ingeniero cambió la actitud con Irena. Ya no era a los ojos de los demás, una haitiana cualquiera. No era una pobre muchacha estudiante de arquitectura” (91). Se evidencia que el discurso elitista de diferencia y oposición está principalmente motivado por intereses socio-económicos.

Mientras la otredad de los haitianos conlleva a una fácil explotación y asegura el acceso a una mano de obra barata, domina la actitud de las élites dominicanas.¹³ Pero en cuanto aparece la posibilidad de ganar más dinero a través de un proyecto (aunque ficticio) que de una manera explícita *une* los dos espacios opuestos (el puente sobre el río Masacre es una metáfora supremamente obvia en este sentido, hasta se puede decir que una exageración), estos mismos individuos se olvidan del constructo de su ideología y abrazan la idea de crear un espacio compartido entre las dos naciones, un imagen no de diferencia, sino de igualdad. Irena cumple dentro del texto el rol de una especie de catalizador, en el sentido que rechaza un lugar marginal conectado con un emplazamiento como Otra. Ella escoge su marginalidad impuesta como punto de partida para su manera de actuar y cruzar fronteras y así desconstruye y desordena en el proceso los paradigmas de margen y centro. Ella desarrolla, se puede decir, lo que Soja llama una consciencia del Tercer Espacio (*Thirdspace* 99), la cual le sirve para exponer que la realidad de la vida en el barrio *Petit Haiti* construida en *La avalancha* conforme más con la dinámica compleja y abierta de un Tercer Espacio

que con una polaridad y división claramente categorizada y coherente con la ideología anti-haitiana propagada por las elites.

Recepción

Esta lectura de tres elementos de la novela *La avalancha* de Matos Moquete demuestra una posible aparición de una nueva noción de comprensión de un escenario urbano compartido entre dominicanos y migrantes haitianos como un lugar complejo y abierto que se acomoda a la teoría del Tercer Espacio elaborada por Edward Soja. *La avalancha* revela que la dinámica de la convivencia social de los dos grupos no se puede entender a través de binarismos simples, como aquellos inherentes en una ideología que define la identidad dominicana a través una oposición absoluta a todo lo que se concibe como haitiano. Las relaciones de margen y periferia, uno de los elementos más básicos de la representación tradicional del espacio, se desconstruyen, desestabilizan y se reconstituyen con otros elementos para producir una alternativa que permite entender el espacio social. Esto, al final, como mencionamos al principio de este ensayo, concede al texto de Matos Moquete un lugar especial dentro de las pocas obras literarias que enfrentan de una manera directa las complejas relaciones socio-político y económicas entre las dos naciones de la Española¹⁴, sobre todo en cuanto a cuestiones de migración y flujo de cuerpos. Una novela como *La avalancha* adquiere aún más vigencia en un presente en el cual, a través de recientes decisiones legales, muchos sujetos de ascendencia haitiana se encuentran en una situación sin patria dentro del mismo espacio dominicano.

En este sentido es sorprendente que este texto haya recibido tan poca atención crítica. Entre ellas se pueden mencionar la columna de José Carvajal y el artículo de Julia Borst, en el cual la autora argumenta que Matos Moquete primero reconstruye las concepciones dominicanas de identidad—basadas enteramente en una alteridad haitiana—para después desmontarlas y desestabilizarlas a través del uso de la ironía y los juegos de palabras. Dejando fuera estas excepciones, *La avalancha* ha sido rodeada por un silencio crítico muy pronunciado. ¿A qué factores se puede atribuir esto? La primera explicación que surge, este texto siendo una obra literaria, es que no llame mucha atención a causa de su falta de calidad estética. Carvajal, por ejemplo, argumenta que a *La avalancha* le falta desarrollo y excelencia literaria, sobre todo en la construcción de los personajes. El propósito de nuestro artículo es otro que discutir de una manera detallada el mérito estético de la obra, pero la evaluación de Carvajal no nos convence. El análisis de Irena que llevamos a cabo debería ser suficiente para desarmar lo que propone

Carvajal como una “débil caracterización” que “se le va de la mano [a Matos Moquete]”. Otra voz dominicana reconocida, el escritor y crítico Avelino Stanley, describe el texto de Matos Moquete como “una novela escrita con una prosa ágil, con un lenguaje cristalino” (*La novela dominicana* 243). El hábil uso de varios recursos literarios como la repetición, la exageración y la ironía en *La avalancha* permiten crear un sentido de ambigüedad e incertidumbre que invita al lector a una reflexión profunda. En resumen, no es una obra de una calidad tan pobre que justifique la carencia de atención crítica que se le ha otorgado.

Otro argumento que se puede proponer es que el texto fue publicado por una editorial privada que le pertenece al escritor mismo. Como afirma Matos Moquete en una entrevista, esto se conecta directamente con lo que se supone como uno de los posibles factores decisivos: las políticas internas conectadas con la cultura (Valle). Recordemos la consciencia del Tercer Espacio que—como explicamos más arriba—encarna el personaje Irena. Soja califica tal consciencia como “the precondition to building a community of resistance to all forms of hegemonic power” (*Thirdspace: Toward* 56). Esto es muy interesante sobre todo si consideramos válido lo que propone el crítico y autor dominicano Fernando Valerio Holguín: que en la República Dominicana existe una “clase política que ejerce la hegemonía a través del Ministerio de Cultura” y que “ha creado . . . un sistema de inclusión/exclusión”, y que la evaluación crítica es, en cierta manera, un acto político (1). El silencio crítico, entonces, lo es también. Un acercamiento intelectual a *La avalancha* casi requiere el tomar de una posición ante la cuestión haitiana, ante la implicación de las élites y ante las actividades socio-económicas y las políticas que contribuyen a la creación de tensiones y la situación legal difícil para los sujetos de ascendencia haitiana en la República Dominicana. Y sobre todo, requiere el reconocimiento de que existen múltiples perspectivas sobre el desarrollo futuro de una situación que se ha pintado como un ambiente de una diferencia y oposición simplificada e insuperable. El entablar de una discusión sobre una obra como *La avalancha* pueda generar un diálogo muy poco bienvenido por el poder hegemónico, debido a la representación de una perspectiva que subvierte el tradicional discurso binario que se vincula con los intereses de las élites indicadas. Una disposición discutida—es decir el asunto que recibe atención pública y crítica—es mucho más visible y fácil de problematizar.

Sería posible que, en el ambiente político-cultural del momento, para muchos intelectuales el silencio presente la opción preferible ante un tema que sigue siendo un tabú, una controversia gigante y un desencadenante emocional. Es muy probable que en “nuestros tiempos de exaltación de ideales patrióticos y nacionalistas” parezca inoportuno el intento de romper de la dialéctica

establecida, tal y como hace el Tercer Espacio creado en el texto de Matos Moquete—una consciencia y un lugar donde se deconstruyen la lógica binaria prevaleciente de dominicano/haitiano para establecer una tercera perspectiva diferente, donde se posibilitan conexiones, diálogos y donde lejos del discurso hegemónico se pueden imaginar nuevas posibilidades de percibir y tejer lo coexistencia comunitaria.

Bibliografía

- Amnesty International. *Dominican Republic: A Life in Transit - The Plight of Haitian Migrants and Dominicans of Haitian Descent*. 2007. Internet. 12 de junio 2014.
- Baud, Michiel. "Constitutionally White": The Forging Of a National Identity In the Dominican Republic." *Ethnicity in the Caribbean*. Ed. Gert Oostindie. London: Macmillan, 1996. 121-51. Impreso.
- Borst, Julia. "Identitäts- und Alteritätsdiskurse in der Dominikanischen Republik und ihre Demaskierung in Matos Moquetes Roman 'La Avalancha.'" *Schau Ins Blau- Eine Zeitschrift für Literatur, Kunst und Wissenschaft*. 10.1 (2010): n.p. Internet.
- Carvajal, José. "Haití y una novela de Matos Moquete." *Youmethemus*. Internet. 9 de agosto 2015.
- Derrida, Jacques. "La metáfora arquitectónica." *No escribo sin luz artificial*. Valladolid: Cuatro ediciones, 1999. 133-40. Impreso.
- . *Monolingualism of the other, or, The prosthesis of origin*. Stanford: Stanford UP, 1998. Impreso.
- Di Pietro, Giovanni: "La avalancha de Manuel Matos Moquete." *Listín Diario Digital* 17 (Dic. 2006): n.p. Internet.
- Gilman, Sander. "Black Bodies, White Bodies: Toward an Iconography of Female Sexuality in Late Nineteenth-Century Art, Medicine, and Literature." *Critical Inquiry* 12 (1985). 204-42. Impreso.
- Goldberg, David T. "Polluting the Body Politic": Race and Urban location." *The Legal Geographies Reader: Law, Power, and Space*. Ed. Nicholas K. Blomley, David Delaney y Richard T. Ford. Oxford, UK: Blackwell Publishers, 2001. 69-86. Impreso.
- Heredia, Aida. *La representación del haitiano en las letras dominicanas*. Jackson: Romance Monographs de la Universidad de Mississippi, 2003. Impreso.
- Hernández, Rita Indiana. *La estrategia de Chochueca: Novela*. San Juan, P.R.: Isla Negra, 2003. Impreso.
- Horn, Maja. *Masculinity after Trujillo*. Gainesville: UP of Florida, 2014. Impreso.
- Knott, Kim. *The Location of Religion: A Spatial Analysis*. London: Equinox Publishers, 2005. Impreso.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. Oxford, U.K.: Blackwell, 1991. Impreso.
- Lockward, Alanna. *Marassá y la nada*. Santo Domingo: Santuario, 2013. Impreso.
- Martínez, Samuel. "Not a Cockfight: Rethinking Haitian-Dominican Relations." *Latin American Perspectives* 30.3 (mayo 2003): 80-101. Impreso.
- Matos Moquete, Manuel. *La avalancha: leyenda negra*. Santo Domingo: Publicaciones Matos Moquete, 2006. Impreso.
- Mayes, April J. *The Mulatto Republic: Class, Race, and Dominican National Identity*. Gainesville: UP de Florida, 2014. Impreso.
- Métraux, Alfred. *Voodoo in Haiti*. Trad. Hugo Charteris, Nueva York: Oxford UP, 1959. Impreso.
- Mieses, Juan Carlos. *El día de todos*. Santo Domingo: Santuario, 2014. Impreso.
- Parsaee, Mojtaba; Mohammad Parva, y Bagher Karimi: "Space and place concepts analysis based on semiology approach in residential architecture: The case study of traditional city of Bushehr, Iran." *HBRC Journal* 11. 3 (Dic. 2015): 368-83. Impreso.
- Pierre, Sonia. "El racismo contra la mujer dominico-haitiana." *Mujer y racismo*. Santo Domingo: Centro Dominicano de Estudio de la Educación (CEDDE). 1987. Impreso.
- . "Fobias nacionalistas y los domínico-haitianos." *Desde la orilla: hacía una nacionalidad sin desalojos*. Ed. Silvio Torres-Saillant, Ramona Hernández y Blas R. Jiménez, Santo Domingo: Editora Manatí, 2006. 79-86. Impreso.
- Sagás, Ernesto. *Race and Politics in the Dominican Republic*. Gainesville: UP de Florida, 2000. Impreso.
- San, Miguel P. L. *La isla imaginada: historia, identidad y utopía en la Española*. San Juan, P.R.: Isla Negra, 1997. Impreso.
- Soja, Edward W. "Thirdspace: Toward a New Consciousness of Space and Spatiality." *Communicating*

- in the Thirdspace*. Ed. Karin Ikas y Gerhard Wagner, Nueva York: Routledge, 2009. 49-61. Impreso.
- . *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Cambridge, Mass: Blackwell Publishers, 1996. Impreso.
- Stanley, Avelino. *La novela dominicana, 1980-2009: Perfil de su desarrollo*. Santo Domingo: Banco Central de la República Dominicana, 2009. Impreso.
- . *La piel acosada*. Santo Domingo: Cocolo editorial, 2007. Impreso.
- Valerio-Holguín, Fernando. "Clase política, compadrazgo y hampa cultural en la formación del canon literario dominicano (1996-2012)." *Transmodernity* 3.2 (2014): n.p. Internet.
- Valle, Ernesto R. del. "Manuel Matos Moquete [Poeta, novelista, ensayista, crítico literario y educador dominicano]." *Revista Biográfica* (Mayo 2012): n.p. Internet
- Veloz Maggiolo, Marcio. *El hombre del acordeón*. Madrid: Ediciones Siruela, 2003. Impreso.
- Victoriano-Martínez, Ramón Antonio. *Rayanos y Dominicanyorks: la dominicanidad del siglo XXI*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2014. Impreso.
- Williams, Claudette. *Charcoal and Cinnamon: The Politics of Color in Spanish Caribbean Literature*. Gainesville: U of Florida P, 2000. Impreso.
- Wooding, Bridget, y Richard Moseley-Williams. *Inmigrantes haitianos y dominicanos de ascendencia haitiana en la República Dominicana*. Cooperación Internacional para el Desarrollo (CID) y Servicio Jesuíta a Refugiados y Migrantes (SJR), 2004. Internet.

Notas

¹ Nos referimos a las élites tradicionales y conservadoras que proponen un nacionalismo dominicano basado precisamente en una definición de la nación como hispana y católica, la cual se establece a través de una oposición polar a la nación haitiana, la cual es vista como africana, negra, y de religión pagana. En la novela, los amigos del Ingeniero son los miembros que más cercanamente representan estas élites. El texto los trata con el mismo tono irónico que marca toda la narrativa, revelando la hipocresía encarnada por ellas. Esto se aplica sobre todo en el contexto de la importación y explotación de trabajadores haitianos, en la manera decorativa en que se refieren a estos individuos cuyo labor posibilita el bienestar económico de las mismas élites.

² Ver Sagas: “Haitians were an inferior people, the pure descendants of black African slaves who were illiterate, malnourished, disease-ridden, and believed in voodoo; Dominicans, on the other hand, were portrayed as the proud descendants of the Catholic Spanish conquistadores and brave Taíno Indians” (47).

³ Es significativo notar el hecho de que el anti-haitianismo, como herramienta de control político, se dirige no solamente hacia los haitianos, sino también hacia los dominicanos clasificados como afro-caribeños, los cuales generalmente forman parte de las clases sociales más bajas. Así esta ideología previene la participación política de los individuos de piel oscura (Sagás 4). El referente “el haitiano,” entonces, forma parte de una construcción discursiva en la cual el antihaitianismo y el racismo funcionan juntos para marginar al sujeto negro.

⁴ Muy interesante en cuanto a este aspecto es la investigación de campo que lleva a cabo Ernesto Sagás sobre las actitudes anti-haitianas de las clases bajas y medias en la República Dominicana (ver 78-90), que explicita que el elemento común en las respuestas de los individuos entrevistados es que ellos perciben a los migrantes haitianos como una amenaza (79). Más tarde en este mismo capítulo, el historiador concluye que el anti-haitianismo es una parte integral de la cultura política dominicana, y que ambos el pueblo general y una parte de las elites ponen de manifiesto algún nivel de esta ideología (93).

⁵ Durante la dictadura del General Rafael Trujillo (1930-1961), el antihaitianismo se convirtió en política oficial del estado, con ramificaciones graves como el Masacre del 37. El discurso de una oposición insuperable entre los dominicanos y sus vecinos y la discriminación directa contra los sujetos de ascendencia haitiana siguieron durante las tres presidencias de Joaquín Balaguer (1960-1962, 1966-1978, 1986-1996), protegido del dictador. En años más recientes, se implementaron varias leyes que desfavorecían a estos mismos individuos, como por ejemplo la ley migratoria que clasificaba a los residentes indocumentados “en tránsito,” aprobada durante la presidencia de Hipólito Mejía en el año 2004. Incluye también la ley que, en el año 2010 bajo la administración de Leonel Fernández, puso fin a la ley de *jus soli* y la reemplazó con *jus sanguinis*. Estas leyes presentan la base para la desnacionalización de cientos de miles de dominicanos de ascendencia haitiana bajo la sentencia TC 168-13, aprobada en el año 2013.

⁶ Más que una relación simplificada y básicamente antagonista, entran muchos factores históricos que definen una coexistencia complicada entre los dos países y sus habitantes. Entre estos factores se configuran, por ejemplo, la historia desigual del desarrollo de las dos colonias—la parte occidental como la perla del imperio francés y como sociedad de plantación por excelencia, y la parte oriental casi abandonada por los españoles. Otro elemento clave es la ocupación del territorio oriental por Haití entre 1822 y 1844 y la reacción no unívocamente negativa que provocó por parte la población dominicana. Los espacios alrededor de la frontera entre los dos países—lugar de convivencia y mezcla cultural, étnica, racial—añaden otra dimensión que pone en cuestión la idea de dos países opuestos y divididos. Finalmente, el resurgimiento de la industria azucarera a finales del siglo diecinueve—sobre todo los intereses capitalistas en crear una clase laboral barata y explotable y la importación de muchos braceros migrantes haitianos y de las islas barloventas—puso en contacto y—en cierta medida en competencia—a los dominicanos y los haitianos, y terminó alimentando una naciente ideología racista anti-afro que se estableció como ideología oficial dominante.

⁷ Para un resumen de la novelística que se ha escrito sobre el tema hasta el año 2009, véase Avelino Stanley (*La novela* 291-96). Aida Heredia analiza una variedad de obras poéticas y narrativas tradicionales que representan al sujeto haitiano, sobre todo en el tercer capítulo de *La representación del haitiano en las letras dominicanas* (81-140). Los primeros tres capítulos del libro de Ramón Antonio Victoriano-Martínez aportan una discusión sobre la representación literaria de los rayanos—los habitantes biculturales de la frontera entre la República Dominicana y Haití—a la cual se podría añadir la novela *El hombre del acordeón* (2003) de Marcelo Veloz Maggiolo. Durante la última década, se destacan la colección de cuentos *La piel acosada* (2007) de Avelino Stanley, la novela *El día de todos* (2009) de Juan Carlos Mieses, y la obra *Marassá y la nada* (2013) de Alanna Lockward por su acercamiento al tema de la relación entre los dos grupos.

⁸ El término “periférico” en este sentido no se refiere necesariamente al origen o la pertinencia del autor a un grupo marginado, sino más bien a la temática y—en la mayoría de los casos—a la escasez de una rigurosa recepción crítica de las obras que ahondan en las relaciones y dinámicas culturales dominico-haitianas, sobre todo dentro del país. El cuento “La piel acosada” de Avelino Stanley ganó el Premio Ciudad de Viareggio en Italia (2007), y la obra de Lockward recientemente ha sido traducida al inglés (2016). Sin embargo, es llamativo que estos honores y la apreciación para estas

obras se dieron fuera del país.

⁹ Parsaee et al sugieren que todos los seres humanos viven en un espacio, que cambian sus componentes en una manera que les otorgue un significado, y que tienen una relación interactiva y continua con el. Todos los objetos y actividades funcionan como un texto que contiene un sistema de signos analizables. También observan que todos los seres humanos necesitan un sentido de pertenencia y de identidad que se liga con un espacio particular o con un territorio. Esta noción nos parece útil a la hora de considerar la función del espacio en *La avalancha*.

¹⁰ Véase Sagás (91) para ejemplos específicos.

¹¹ Según Sander Gilman, la cultura occidental racializó el mito sexual del cuerpo femenino. En el siglo diecinueve el cuerpo femenino negro ya había sido designado un ícono de la aberración sexual (209). Para un análisis detallado de los estereotipos asociados con la mujer negra, la mujer mulata y su representación en la literatura caribeña del siglo XX véase *Charcoal & Cinnamon* de Claudette Williams. Sobre la situación de la mujer de ascendencia haitiana en la República Dominicana y su estatus como objeto sexualizado véase el testimonio de la difunta activista dominicana Sonia Pierre, líder de MUDHA (Movimiento de Mujeres Dominicano-Haitianas).

¹² En *Masculinity after Trujillo* (2014), Maja Horn discute de manera extensa cómo las nociones hegemónicas de la masculinidad formaron y siguen formando uno de los pilares de la sociedad dominicana.

¹³ Como evidencia esta cita del reporte de Amnesty International del año 2007 (un año después de la publicación de la novela), la representación de la actitud de los empresarios en la novela está directamente ligada a la realidad contemporánea: “Racism is a major ingredient of poverty in the Dominican Republic, sometimes among Dominicans themselves, but especially towards Haitians, persons of Haitian descent whose families have in some cases lived in the Dominican Republic for generations and Haitians who continue to arrive in the country. This situation serves the interests of Dominican entrepreneurs, who happily receive cheap Haitian labour in the knowledge that Haiti’s stubborn poverty guarantees a steady flow of newcomers who drive down wages” (11).

¹⁴ También, esta novela es una de las pocas obras que no lleva la discusión del tema a un espacio del pasado— como por ejemplo el Masacre del 37—sino que se acerca en el presente.